

LIBRO SEXTO

LOS TIEMPOS MODERNOS

El proceso de las ochenta mil pacas de forraje.

CAPÍTULO PRIMERO

EL GENERAL GREATAUK, DUQUE DE SKULL

Poco después de la huida del almirante, un judío de modesta familia, llamado Pyrot, anheloso de rozarse con personas aristocráticas y deseoso de servir a la patria, siguió una carrera militar.

El ministro de la Guerra, Greatauk, duque de Skull, le tenía ojeriza y le reprochaba su constancia, su nariz picuda, su vanidad, su aplicación, sus gruesos labios y su inquebrantable disciplina. En cuanto se hacían averiguaciones para descubrir al autor de un desaguizado, Greatauk insinuaba:

—Debe ser Pyrot.

Un día el general Panther, jefe del Estado Mayor, enteró a Greatauk de un asunto grave. Habían desaparecido, sin que dejara el robo la menor huella, ochenta mil pacas de forraje.

Greatauk exclamó inmediatamente.

—¡Sin duda Pyrot las ha robado!

Quedóse unos instantes pensativo, y luego añadió:

—Cuanto más lo pienso más arraiga mi sospecha, mi certidumbre. Indudablemente Pyrot ha robado esas

ochenta mil pacas de forraje; se ve su mano en este negocio; las ha vendido muy baratas a nuestros enemigos encarnizados, los marsuinos. ¡Traición infame!

—Es cierto—dijo Panther—. Sólo falta probarlo.

Aquella tarde, al pasar frente al cuartel de caballería, el príncipe de los Boscenos oyó cantar a unos coraceros que barrían el patio:

Boscenos es un gorrino,
con el que haremos jamones,
embuchados y salchichas
para que coman los pobres.

Le pareció contrario a la disciplina que dos reclutas de servicio entonaran una canción a la vez doméstica y revolucionaria, que los obreros guasones vociferaban en los días de motín. Lamentó con aquel motivo la decadencia moral del ejército, y sonrió amargamente al reflexionar que su antiguo camarada Greatauk, jefe superior de la milicia, la instruía en bajezas inspiradas por los rencores de un Gobierno antipático. Se prometió restablecer la moralidad en el más breve plazo y dijo para sí:

«A ese granuja de Greatauk no le durará mucho el ministerio.»

Era el príncipe de los Boscenos el más irreconciliable adversario de la democracia moderna, del pensamiento libre y del régimen que los pingüinos implantaron por su propia voluntad.

Sentía un odio implacable y leal contra los judíos, y laboraba en público y en secreto, noche y día, para restaurar la sangre de los Draconidas. Las complicaciones de sus asuntos particulares, cuya situación empeoraba de hora en hora, exaltaban más y más su monarquismo apasionado, y sólo se veía libre de agobios pecuniarios cuando el descendiente de Draco el Grande fuese aclamado en Alca para ocupar el trono de Pingüinia.

Llegado a su hotel, sacó el príncipe de su caja de caudales, donde sólo había papeles viejos, un paquete de cartas, correspondencia particular muy secreta que le

agenció años atrás un sirviente desleal, donde se probaba que Greatauk, duque de Skull, había trapicheado con las provisiones del ejército y aceptado de un industrial, cuyo nombre era Maloury, una pequeña retribución acaso más vergonzosa por su misma insignificancia.

El príncipe releyó aquellas cartas con ávida curiosidad, las volvió a guardar en la caja de valores y encaaminóse hacia el Ministerio de la Guerra. Estaba resuelto. Al oír que el ministro no recibía, empujó a los porteros, derribó a los ordenanzas, pisoteó a los empleados civiles y militares, abrió a puñetazos las puertas y entró en el despacho de Greatauk.

—Hablemos breve y claro—le dijo—. Tú eres un viejo libertino; pero esto no me importa. Quise que le cortaras los vuelos al general Monchin, alma endemoniada de los republicanos, y te negaste a complacerme; te pedí que dieras un mando al general Clapiers, amigo de los Draconidas, con el cual me hallo personalmente obligado, y te negaste a complacerme; te rogué que relevaras al general Tandem, gobernador militar de Port-Alca, que después de robarme cincuenta luises en el bacarrat me encarceló y me hizo comparecer ante el Tribunal Supremo como supuesto cómplice del almirante Chatillón, y te negaste a complacerme; solicité los suministros de la avena y el salvado, y te negaste a complacerme; aspiré a representar una misión secreta en Marsuinia, y te negaste a complacerme. No satisfecho con oponer a mis pretensiones una invariable negativa, me has presentado a tus colegas del Gobierno como un individuo peligroso a quien es conveniente vigilar, y por tu culpa me veo siempre hostigado por la Policía. Ya nada te pido y sólo vengo a decirte una palabra: «¡Vetel!» Se te conoce demasiado. Además, para reemplazarte impondremos a tu cochina Cosa pública uno de los nuestros. Ya sabes que no hablo por hablar. Si dentro de veinticuatro horas no has presentado la dimisión, publicaré en los periódicos las cartas de Maloury.

Greatauk, reposado y sereno, le dijo:

—Tranquilízate, idiota; precisamente acabo de plantear un asunto importante; meteremos en presidio a un

judío; los Tribunales van a entendedérselas con Pyrot, responsable del robo de ochenta mil pacas de forraje.

El furor del príncipe se calmó de pronto con esta noticia.

—¿Es verdad?

—Es indudable.

—Te felicito, Greatauk. Pero como contigo siempre hay que tomar precauciones, publicaré hoy mismo lo que me dices. Esta misma noche todos los periódicos de Alca darán noticia del encarcelamiento de Pyrot...

Y murmuró mientras se alejaba:

—¡Pyrot! Siempre supuse que acabaría mal.

Un momento después, el general Panther se presentaba en el despacho de Greatauk:

—Señor ministro: acabo de examinar el asunto de las ochenta mil pacas de forraje y no aparece ninguna prueba contra Pyrot.

—La justicia exige una prueba contra el judío—respondió Greatauk—; ordenad el arresto de Pyrot.

CAPÍTULO II

PYROT

Toda la Pingüinia, horrorizada, se enteró del crimen de Pyrot. Al mismo tiempo sentíase una especie de gozo al saberse que aquella sustracción traidora, rayana en el sacrilegio, había sido cometida por un judío. Para comprender este sentimiento, hay que darse cuenta del estado de la opinión pública en lo que se refiere a los judíos más o menos opulentos.

Como ya tuvimos ocasión de decirlo en la presente historia, la casta de especuladores universalmente execrada y soberanamente poderosa, se componía de cristianos y de judíos. Los judíos que formaban parte de ella y contra los cuales dirigía el pueblo sus odios, eran los

adinerados; poseían inmensas fortunas y detentaban, al decir las gentes, más de un tercio del tesoro pingüino.

Aparte de esta casta temible, la muchedumbre de los judíos de modesta condición era también odiosa, pero mucho menos temida. En todo Estado bien regido la riqueza es cosa sagrada, y en las democracias es la única cosa sagrada. El Estado pingüino era democrático; tres o cuatro empresas monopolizadoras ejercían un poder más amplio y, sobre todo, más efectivo y constante que los ministros de la República a los cuales manejaban secretamente y les obligaban, por intimidación o por corrupción, a favorecerlas en perjuicio del Estado; cuando algún ministro se resistió le inutilizaron con miserables calumnias en la Prensa.

Estos manejos, realizados mañosamente, se traslucían sin embargo lo bastante para indignar al país; pero los burgueses pingüinos, tanto los acaudalados como los modestos, concebidos y educados en el respeto al dinero y teniendo todos algo que guardar, poco o mucho, sentían firmemente la solidaridad de los capitales, convencidos de que las fortunas humildes no peligran cuando las grandes están aseguradas. Por esto les inspiraban tanto respeto los millones israelitas como los millones cristianos, y por ser en su espíritu más fuerte el interés que la aversión, no se atrevían a tocar ni un solo cabello de los opulentos judíos execrados. Los demás judíos les eran indiferentes, y sólo cuando veían alguno caído lo pisoteaban.

Por esto la nación entera supo con implacable gozo que el traidor era un judío en el cual se podían vengar de todo Israel sin comprometer el crédito público.

Casi nadie puso en duda que Pyrot hubiese robado las ochenta mil pacas de forraje. No se dudó, por ser en absoluto ignorado este negocio, y la duda necesita motivos, pues no es posible dudar sin motivos como lo es creer sin ellos. No se dudó, porque deseaban que Pyrot fuese culpable, y se cree fácilmente lo que se desea. No se dudó, porque la facultad de dudar no es común, y sus gérmenes no se desarrollan sin cultura.

Por ser exquisita, rara, inmoral, filosófica, trascenden-

tal, monstruosa, malévola, dañina a las personas y a los bienes, contraria a la organización de los Estados y a la prosperidad de los Imperios, funesta a la Humanidad, destructora de los dioses, horror del cielo y de la tierra: la duda no arraigaba en la muchedumbre de los pingüinos. Tenían fe en la culpabilidad de Pyrot y esta fe se convirtió pronto en uno de los principales artículos de sus creencias nacionales y en una de las verdades esenciales de su símbolo patriótico.

Pyrot fué juzgado secretamente, y fué condenado.

El general Panther informó de la terminación del proceso al ministro de la Guerra.

—Por fortuna—dijo—, la certidumbre de los jueces suplió la falta de pruebas.

—¡Pruebas!—murmuró Greatauk—. ¡Pruebas! ¿Qué prueban las pruebas? No hay más que una prueba segura, irrefutable: la confesión del procesado. ¿Pyrot confesó?

—No, mi general.

—Confesará; debe hacerlo. Panther: es preciso decidirle a que lo haga. Decidle que le conviene. Prometedle que, si confiesa, obtendrá favores, disminución en la pena, indulto; prometedle que si confiesa se le declarará inocente; que le condecoraremos. Despertad sus honrados sentimientos. Que confiese por patriotismo, por la bandera, por el orden, por respeto a la jerarquía, por mandato especial del ministro de la Guerra; militarmente... Decidme, Panther, ¿es posible que no haya confesado aún? Porque hay confesiones tácitas; el silencio es una confesión.

—Mi general: Pyrot no se calla. Grita como un energúmeno; vocifera que es inocente.

—Panther: las confesiones de un culpable resultan a veces de la vehemencia de sus negativas. Negar desesperadamente, es confesar. Pyrot ha confesado. Sólo faltan los testigos de sus confesiones; la justicia lo exige.

Había en la Pingüinia occidental un puerto de mar llamado La Crique, formado por tres pequeñas ensenadas en otro tiempo frecuentadas por grandes navíos y al presente solitarias y arenosas. Extendíanse por la costa baja

lagunas de aguas corrompidas que exhalaban un hedor insoportable, y la fiebre se cernía sobre las aguas adormecidas. Elevábase allí, a la orilla del mar, una torre cuadrada semejante al antiguo «Campanile» de Venecia, en uno de cuyos costados y a bastante altura, del extremo de una cadena sujeta a una viga transversal colgaba un jaulón donde en tiempo de los Draconidas encerraban los inquisidores de Alca a los sacerdotes heréticos. En aquel jaulón, clivado durante trescientos años, fué metido Pyrot. Le custodiaban sesenta cabos de vara alojados en la torre, que no le perdían de vista ni un instante y anotaban sus palabras y sus movimientos en un minucioso informe que presentarían al ministro de la Guerra; porque Greatauk, escrupuloso y prudente, quería confesiones a todo trance. A pesar de su extendida reputación de imbécil, Greatauk era en realidad un hombre prudente y previsor.

Entre tanto Pyrot, abrasado por el sol, devorado por los mosquitos, empapado por la lluvia, el granizo y la nieve, yerto de frío, sacudido furiosamente por el huracán, obsesionado por los graznidos siniestros de los cuervos que se posaban sobre su jaulón, escribía su inocencia en pedazos de su camisa con un palillo de los dientes tinto en sangre. Aquellos trapos se hundían en el mar o eran recogidos por los carceleros. Algunos llegaron al público; pero las protestas de Pyrot no convencían a nadie, porque ya se habían publicado sus confesiones.

CAPÍTULO III

EL CONDE MAUBEC DE LA DENTDULYNX

Las costumbres de los judíos vulgares no eran siempre puras; con frecuencia se dejaban arrastrar por todos los vicios de la civilización cristiana y conservaban sólo de la edad patriarcal el respeto a los lazos de la familia, la adhesión a los intereses de la tribu. Los hermanos, los

hermanastros, los tíos, los primos, sobrinos en todos los grados, agnados y cognados de Pyrot en número de setecientos, abrumados por la pena que afligía a uno de los suyos se encerraron en sus casas, se cubrieron de ceniza y, bendiciendo la mano que los castigaba, durante cuarenta días guardaron un austero ayuno. Luego se bañaron y resolvieron obtener, persiguiéndola sin descanso, a costa de todas las fatigas y a través de todos los peligros, la demostración de una inocencia de la cual no dudaban. ¿Cómo era posible que dudasen? La inocencia de Pyrot se les revelaba como se había revelado su crimen a la Pingüinia cristiana; porque estas cosas, que se mantienen ocultas, revisten un carácter místico y toman la autoridad de las verdades religiosas.

Setecientos Pyrot empezaron a trabajar con tanto celo como prudencia, y secretamente hicieron minuciosas investigaciones. Estaban en todas partes y no se los veía en parte alguna. Hubiérase dicho de ellos que, semejantes al piloto de Ulises, andaban libremente por las entrañas de la tierra. Penetraron en las oficinas del ministerio valiéndose de disfraces; sonsacaron a los jueces, a los escribanos y a los testigos del proceso. Entonces apareció la sabiduría de Greatauk: los testigos no sabían nada; los jueces y los escribanos tampoco sabían nada. Algunos emisarios consiguieron llegar hasta Pyrot, y le interrogaron ansiosamente entre los interminables rugidos del mar y la ronca gritería de los cuervos. Todo fué inútil; tampoco el condenado sabía nada. Los setecientos Pyrot no podían destruir las pruebas de la acusación, porque no podían conocerlas; y no podían conocerlas porque no existían. La culpabilidad de Pyrot era indestructible, porque no era nada. Con orgullo legítimo Greatauk, expresándose como verdadero artista, dijo en cierta ocasión al general Panther: «El proceso es una obra maestra; se hizo de nada.» Los setecientos Pyrot se desesperaban, temerosos de que no lograrían esclarecer jamás aquel tenebroso asunto, cuando de pronto descubrieron por una carta robada que las ochenta mil pacas de forraje no habían existido nunca, que un aristócrata de los más distinguidos, el conde Maubec, las

vendió al Estado y recibió su importe, pero no las pudo entregar porque, descendiente de los más ricos propietarios rurales de la antigua Pingüinia, heredero de los Maubec de la Dentdulynx poseedores en otro tiempo de cuatro ducados, sesenta condados, seiscientos doce marquesados, baronías y señoríos, no disponía de terrenos ni como la palma de la mano y era imposible que cortara ni un haz de forraje en sus dominios. Que algún propietario rural o algún comerciante le fiara ni una brizna, era increíble, porque todo el mundo, excepto los ministros del Estado y los funcionarios del Gobierno, consideraba más fácil sacar aceite de un guijarro que un céntimo del bolsillo de Maubec.

Los setecientos Pyrot, después de una investigación minuciosa acerca de los recursos pecuniarios del conde Maubec de la Dentdulynx, comprobaron que los principales ingresos de aquel aristócrata provenían de una casa donde señoras generosas daban dos jamones a cambio de una salchicha. Entonces le denunciaron públicamente como culpable de la desaparición de las ochenta mil pacas de forraje por cuyo motivo había sido condenado y enjaulado un inocente.

Maubec era de una ilustre familia emparentada con los Draconidas, y nada es tan estimable para los demócratas como la nobleza de nacimiento. Maubec había servido en el ejército, y los pingüinos, desde que todos eran soldados, amaban su ejército hasta la idolatría. Maubec había recibido en el campo de batalla una cruz, que es el símbolo del honor entre los pingüinos, más que la misma fidelidad marital. Toda la Pingüinia se declaró a favor de Maubec, y la voz del pueblo reclamó el castigo de los setecientos Pyrot calumniadores.

Maubec era aristócrata, y desafió a los setecientos Pyrot a espada, sable, pistola, carabina y bastón.

«Cerdos indecentes—les escribió en una carta famosa—, crucificasteis a mi Dios y ahora queréis mi piel. Os prevengo que no seré tan manso como Cristo, y que os cortaré vuestras mil cuatrocientas orejas. Recibid la puntera de mi bota en vuestros setecientos traseros.»

El jefe del Gobierno era entonces un campesino llama-

do Chorrodemiél, hombre de mucha suavidad para con los ricos y los poderosos, duro para con las pobres gentes, cobarde y desconocedor de cuanto no fuera su particular conveniencia. Por una declaración pública garantizó la virtud y el honor de Maubec y denunció ante los Tribunales a los setecientos pyrotinos, que fueron condenados como difamadores a penas aflictivas, a multas enormes y a los daños y perjuicios que reclamaba su víctima inocente.

Todo hacía suponer que Pyrot no se vería nunca libre del jaulón sobre el cual se posaban los cuervos. Pero los pingüinos insistieron en que se probara la culpabilidad del judío, al ver que de las pruebas alegadas algunas eran inciertas y otras contradictorias. Varios oficiales del Estado Mayor mostraban mucho interés, y otros falta de prudencia. Mientras Gâteaux guardaba un admirable silencio, el general Panther publicaba inagotables discursos para comprobar todas las mañanas en los periódicos la culpabilidad del condenado. Hubiera hecho mejor en callarse; no hay demostración de lo evidente. Tantos razonamientos perturbaron las inteligencias; la fe, siempre viva, dejó de ser firme y serena. Cuantas más pruebas daban a la muchedumbre, más pruebas pedía.

Pero el peligro de probar demasiado no fuera grande a no haber en Pingüinia, como en todo el mundo, cerebros dispuestos para el libre examen, capaces de discernir un asunto difícil y propensos a la duda filosófica. No abundaban, no estaban dispuestos a hablar, ni el público preparado para oírlos. Los judíos opulentos, los millonarios israelitas de Alca decían, cuando se les hablaba de Pyrot: «No le conocemos»; pero se preocupaban de salvarle. Mantenían la prudencia inherente a su fortuna, con la esperanza de que otros fuesen menos tímidos. Su deseo debía cumplirse.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1000, LOS MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO IV

COLOMBÁN

Algunas semanas después de la condena de los setecientos Pyrot, un hombrecillo miope, cejijunto, muy barbado, salió una mañana de su casa con una cubeta de engrudo, una escalera y un rollo de carteles; recorría las calles y fijaba en las fachadas pasquines donde se leía impreso con letras grandes:

**Pyrot es inocente,
Maubec es culpable.**

No era su oficio el de fijador de carteles; se llamaba Colombán. Autor de ciento sesenta volúmenes de sociología pingüina, se contaba entre los más laboriosos y los más estimados escritores de Alca. Después de haberlo reflexionado minuciosamente, seguro de la inocencia de Pyrot la publicó de la manera que juzgaba más ruidosa. Puso con tranquilidad algunos pasquines en las calles poco frecuentadas, pero al llegar a los barrios populosos, cada vez que se encaramaba en la escalera los transeuntes apiñados en torno suyo, mudos de sorpresa y de indignación, le dirigían miradas amenazadoras que soportaba con la calma inherente a su valor y a su miopía. Apenas volvía la espalda, los porteros y los tenderos arrancaban sus carteles y seguía cargado con todos sus artefactos entre la curiosidad y la admiración de los muchachuelos que, con su cestilla al brazo y su cartera al hombro, no se apresuraban por llegar a la escuela. Fijaba sus carteles obstinadamente.

A las insinuaciones mudas sucedieron las protestas y los murmullos; pero Colombán no se dignó ver ni oír

nada. Cuando se detuvo en la embocadura de la calle de Santa Orberosa para fijar uno de los papeles que llevaban impreso:

**Pyrot es inocente,
Maubec es culpable.**

la multitud amotinada dió signos de la más violenta cólera. «¡Traidor! ¡Ladrón! ¡Bandido! ¡Canalla!», le gritaron; una mujer abrió la ventana y le vació el cajón de la basura sobre la cabeza; un cochero le quitó de un latigazo el sombrero, que fué a parar al otro lado de la calle entre las aclamaciones de la muchedumbre vengadora; un mozo de carnicería empujó la escalera y le derribó con su cubeta de engrudo, su brocha y sus carteles. Los pingüinos, enorgullecidos al verle rodar por el suelo sintieron la grandeza de la patria. Colombán se levantó rebozado en inmundicias, lisiado en un codo y en un pie, tranquilo y resuelto.

—Imbéciles—murmuró encogiéndose de hombros. Y se puso en cuatro manos para buscar los lentes que se le habían perdido al caer. Entonces se vió que su levita estaba desgarrada desde el cuello hasta los faldones y su pantalón abierto en la parte trasera. Esto aumentó la animosidad de la muchedumbre.

En la acera de enfrente se abría el bien provisto *Colmado de Santa Orberosa*. Los patriotas cogieron de los escaparates cuanto había, y arrojaron contra Colombán naranjas, limones, tarros de dulce, libras de chocolate, botellas de licor, latas de sardinas, salchichones, aves, bidones de aceite y saquitos de judías. Cubierto de substancias alimenticias, contuso y desgarrado, cojo y ciego, se decidió a huir, perseguido por los aprendices de los talleres, los mancebos de las tiendas, los vagabundos, los burgueses, los golfos, cuyo número aumentaba de minuto en minuto. Rugían todos: «¡Al agual! ¡Muera el traidor! ¡Al agual!», y aquel torrente de torpeza humana,

despeñado por los bulevares, se detuvo al fin en la calle de San Mael. La Policía cumplió su deber; por todas las bocacalles llegaban agentes que, con la mano izquierda en la vaina del sable, corrían para ponerse a la cabeza de los perseguidores. Alargaban ya sus brazos enormes hacia Colombán cuando se les escapó de pronto, sumergido en una alcantarilla.

Allí pasó la noche sentado en la oscuridad junto a las aguas fangosas. Entre ratas inmundas meditaba sus propósitos; su corazón generoso rebosaba energía y piedad. Cuando el alba le acarició con sus pálidas luces, se levantó y dijo: «Preveo que la batalla será ruda.»

Luego redactó un escrito donde exponía claramente que Pyrot no pudo robar al Ministerio de la Guerra ochenta mil pacas de forraje que no habían existido puesto que Maubec las cobró sin llegar a entregarlas. Colombán hizo repartir aquellas hojas por las calles de Alca. El populacho negóse a leerlas y las rompió colérico; los tenderos amenazaban con el puño a los repartidores, los cuales huían perseguidos por los escobazos de las furias familiares. Exaltáronse más y más; la efervescencia duró todo el día. Por la noche, grupos de hombres mal encarados y andrajosos recorrían las calles y vociferaban:

—¡Muera Colombán!

Algunos patriotas arrebataron a los repartidores los paquetes de impresos para quemarlos en las plazas públicas, y bailaron en torno de aquellas hogueras, locos de alegría, con mozas que se recogían las faldas hasta el vientre.

Los más apasionados fueron a romper los cristales de la casa donde Colombán vivía del fruto de su trabajo desde cuarenta años atrás, en una calma y una placidez inmensas.

Las Cámaras se estremecieron y preguntaron al presidente de la República qué medidas pensaba tomar para reprimir los odiosos atentados cometidos por Colombán contra el honor del ejército y la tranquilidad de la Pingüinia.

Chorrodemiel condenó la audacia impía de Colombán

y dijo, entre los aplausos de los legisladores, que aquel hombre sería conducido ante los Tribunales para responder de su infame libelo.

El ministro de la Guerra, llamado a la tribuna, compareció transfigurado. No tenía, como antes, el aspecto de una oca sagrada de las ciudades pingüinas; erizado, con el cuello extendido, amenazador, parecía el buitre simbólico agarrado al hígado de los enemigos de la Patria.

En el silencio augusto de la Asamblea, solamente pronunció esta frase:

—Juro que Pyrot es un bandido.

Y bastó su categórica declaración, al extenderse por toda la Pingüinia, para tranquilizar la conciencia pública.

CAPÍTULO V

LOS REVERENDOS PADRES AGARIC Y CORNAMUSE

Colombán soportaba, sorprendido y apacible, todo el peso de la reprobación general. Como no podía salir a la calle sin que le apedrearán, vivía encerrado en casa y escribía, con una obstinación maravillosa, muchos trabajos en favor del enjaulado inocente. Entre su escaso número de lectores, algunos, cosa de una docena, seducidos por sus razonamientos empezaron a dudar de la culpabilidad de Pyrot y se propusieron convencer a sus amigos para que se propagase la claridad que nacía en sus inteligencias. Uno de ellos trataba íntimamente a Chorrodemiel, y al confiarle sus perplejidades aquel patriota le cerró la puerta de su casa. Otro pidió en una carta abiertas explicaciones al ministro de la Guerra. Otro publicó un terrible libelo; éste se llamaba Kardanic y era el más temido polemista. El público se quedó estupefacto. Se decía que los defensores del traidor estaban subvencionados por los judíos opulentos; se les zahirió con el nombre de «pyrotinos» y los patriotas juraron exterminarlos. En todo el territorio de la República sólo

había mil o mil doscientos partidarios del enjaulado, pero la imaginación los adivinaba en todas partes; se temía tropezar con ellos en los paseos, en las asambleas, en las reuniones, en las fiestas mundanas, en las mesas familiares, en el lecho conyugal. Media población desconfiaba de la otra media. La discordia exaltaba los ánimos en Alca.

El padre Agaric, director de un colegio de nobles, seguía los acontecimientos con ansiosa atención. Las calamidades de la Iglesia pingüina no le habían abatido. Continuaba fiel al príncipe Crucho y conservaba la esperanza de restablecer sobre el trono de la Pingüinia al heredero de los Draconidas. Le parecía que los sucesos desarrollados y los que se preparaban en el país, a la vez efecto y causa de la opinión enardecida, y las perturbaciones, su resultado inevitable: traídos y llevados con la prudencia profunda de un religioso, podían quebrantar la República y predisponer la Pingüinia a la restauración del príncipe Crucho, cuya piedad prometía consuelos a los fieles. Se puso su ancho sombrero negro y se encaminó por el bosque de Conils hacia la fábrica donde su venerable amigo el padre Cornamuse destilaba el licor higiénico de Santa Orberosa. La industria del buen fraile, tan cruelmente maltratada en tiempo del almirante Chatillón, renacía de sus ruinas. Oíanse rodar a través del bosque los trenes de mercancías, y bajo los cobertizos algunos centenares de huérfanos con blusas azules empaquetaban botellas y llenaban cajas.

Agaric encontró al venerable Cornamuse ante sus hornos y entre sus retortas. Las pupilas del viejo habían recobrado sus fulgores de rubí; la brillantez de su cráneo era como antes, preciosa y suave.

Agaric felicitó al piadoso destilador por la actividad que animaba de nuevo sus laboratorios y sus talleres.

—Los negocios prosperan, por lo cual doy gracias a Dios—respondió el viejo de Conils—. ¡Ay! La fábrica estaba muerta, hermano Agaric. Como fuisteis testigo de la desolación de mi establecimiento, no he de referiroslo.

Agaric esquivó su mirada.

—El licor de Santa Orberosa—prosiguió Cornamuse—triunfa de nuevo; pero mi industria es aún incierta y precaria. Las leyes de ruina y desolación que la hirieron no han sido derogadas, y sólo están suspendidas.

El religioso de Conils alzó al cielo sus pupilas de rubí; Agaric le puso la mano sobre el hombro:

—¡Qué espectáculo, Cornamuse, nos ofrece la desventurada Pingüinia! ¡En todas partes la desobediencia, la independencia, la libertad! Vemos triunfantes a los orgullosos, a los soberbios, a los revolucionarios. Después de haber desafiado las leyes divinas se revuelven contra las humanas; ¡tan cierto es que para ser un buen ciudadano es indispensable ser un buen cristiano! Colombán trata de imitar a Satán. Muchos criminales siguen su funesto ejemplo; quieren, en su rabia, romper todos los frenos, romper todos los yugos, librarse de los lazos más sagrados, escapar a las obligaciones más saludables. Fustigan a su patria para que les oiga; pero sucumbirán bajo la animadversión, la vituperación, la indignación, la excreción y la abominación pública. Tal es el abismo adonde les condujo la indiferencia, el libre pensamiento, el libre examen, la pretensión monstruosa de juzgar por sí mismos, de tener una opinión suya.

—Es indudable—replicó el padre Cornamuse; y meneaba la cabeza—. Pero en verdad os confieso que las preocupaciones de mi negocio particular no me permiten atender a los negocios públicos. Sé vagamente que se habla mucho de un llamado Pyrot; los unos aseguran que es culpable, los otros afirman que es inocente, y desconozco los motivos que impulsan a los unos y a los otros para que les preocupe tanto un asunto que nada les importa.

El piadoso Agaric preguntó ansioso:

—¿Dudáis del crimen de Pyrot?

—No dudo, estimado Agaric—respondió el fraile de Conils—, porque si dudase contravendría las leyes de mi país, que debemos respetar mientras no se opongan a las leyes divinas. Pyrot es culpable, puesto que le han condenado. Discutir su culpabilidad o su inocencia sería poner en duda la justicia de los jueces, y me libraré

mucho de hacerlo. Además, fuera inútil, porque Pyrot está condenado. Si no está condenado porque sea culpable, resulta culpable por estar condenado; y viene a ser lo mismo. Creo en su culpabilidad, como debe creer todo buen ciudadano, y lo sostendré mientras la justicia establecida me lo ordene, porque no es misión de los particulares, sino del juez, proclamar la inocencia de un condenado. La justicia humana es respetable hasta en los errores inherentes a su naturaleza falible y limitada. Sus errores no son nunca irreparables: si los jueces no los reparan en la tierra Dios los reparará en el cielo. También confío mucho en el general Greatauk, a quien supongo más inteligente que todos sus enemigos, aun cuando no lo parezca.

—Muy bien, amigo Cornamuse—exclamó el piadoso Agaric—. El proceso Pyrot, manejado mañosamente por nosotros, con la ayuda de Dios y de los fondos indispensables, será muy fecundo en beneficiosos resultados. Desenmascarará los vicios de la República anticristiana e inducirá a los pingüinos a restaurar el trono de los Draconidas y las prerrogativas de la Iglesia; pero es necesario que el pueblo se convenza de que sus sacerdotes le acompañan en la lucha. Avancemos contra los enemigos del Ejército, contra los insultadores de los héroes y todo el mundo nos seguirá!

—Todo el mundo sería demasiado—murmuró, con la cabeza baja, el religioso de Conils—. Veo que los pingüinos tienen ganas de lucha. Si nos mezclamos en sus luchas se reconciliarán a nuestra costa y pagaremos los platos rotos. Por lo cual, si queréis creerme, mi estimado Agaric, no mezcléis a la Iglesia en semejante aventura.

—Conocéis mi energía, conocéis mi prudencia; no comprometeré nada... Sólo espero que me proporcionéis los fondos indispensables para este negocio.

Cornamuse resistióse mucho a pagar los gastos de un empeño que juzgaba inconveniente. Agaric se mostró patético y terrible. Al fin cedió Cornamuse a los ruegos y a las amenazas, y arrastrando los pies, con la barba hundida en el pecho, subió a su austera celda donde todo pregonaba la pobreza evangélica. En el muro en-

jalbegado tenía empotrada una caja de caudales cuyas ranuras ocultaba un ramo de boj. Suspiró al abrirla, y sacó un fajo de valores que ofreció al piadoso Agaric con mano temblorosa y sin alargar el brazo.

—No lo dudéis, mi estimado Cornamuse—dijo el clérigo batallador, mientras agarraba los papeles y los hundía en el bolsillo de su hábito—. Este proceso de Pyrot nos ha sido enviado por el cielo para gloria y exaltación de la Iglesia pingüina.

—Quisiera que no os equivocarais—suspiró el fraile de Conils.

Y solo ya en su laboratorio, contemplaba sus hornos y sus retortas con los ojos enternecidos y con una tristeza inefable.

CAPÍTULO VI

LOS SETECIENTOS PYROTINOS

Los setecientos Pyrot inspiraban al público una aversión creciente. Cada día en las calles de Alca eran apaleados dos o tres; uno de ellos fué azotado públicamente; otro arrojado al río; un tercero fué emplumado y paseado por los bulevares entre una muchedumbre bulliciosa; a otro le rompió la nariz un capitán de dragones. No se atrevían a presentarse en los casinos ni en los paseos; se disfrazaban para ir a la Bolsa; y en tales circunstancias le pareció urgente al príncipe de los Boscenos refrenar su audacia y reprimir su insolencia. Reunido con el conde Clena, el señor de la Trumelle, el vizconde Oliva y Bigourd, fundaron la importante Liga de los antipyrotinos, a la cual se adhirieron los ciudadanos por cientos de millares, los soldados por compañías, por regimientos, por brigadas, por divisiones, por cuerpos de ejército; las ciudades enteras, los distritos, las provincias.

Por entonces el ministro de la Guerra vió con sorpresa en el despacho del jefe de Estado Mayor, que la espacio-

sa habitación donde trabajaba el general Panther, cuyas paredes poco antes se hallaban desnudas, habiase revestido desde el suelo al techo con profundas estanterías pobladas por una multitud de carpetas de todas formas, de todos colores, hacinamiento improvisado y monstruoso que adquirió en pocos días las apariencias de un archivo secular.

—¿Qué es todo esto?—preguntó el ministro asombrado.

—Pruebas contra Pyrot—respondió con patriótica satisfacción el general Panther—. Cuando le condenamos no teníamos ninguna, pero ahora, ya veis las que han aparecido.

Estaba abierta la puerta, y Greatauk vió pasar una larga fila de mozos cargados de papeles; al subir el ascensor, gemía abrumado por el peso de los expedientes.

—Pero ¿qué traen aquí?—preguntó el General.

—Son nuevas pruebas contra Pyrot—dijo Panther—. Las pedí a todos los cantones de Pingüinia, a todos los centros militares, a todas las cortes de Europa; las encargué a todas las ciudades de América y de Australia, y a todas las factorías de Africa; espero algunos paquetes de Bremen y un cargamento de Melbourne.

Panther dirigió al General una mirada tranquila, radiante como la de un héroe, mientras Greatauk contemplaba el formidable hacinamiento de papeles con menos satisfacción que inquietud.

—Muy bien—dijo—, me parece muy bien! Pero temo que se le quite al asunto Pyrot su encantadora sencillez. Era límpido como el cristal de roca; su mérito consistía en su transparencia. Hubiera sido inútil buscarle, ni con microscopio, el menor defecto. Al salir de mis manos era puro como la luz: era todo luz. Os di una perla y me la convertisteis en una montaña. Temo que, por hacerlo demasiado bien, lo hayáis estropeado. ¡Pruebas! No dudo que sea bueno tener pruebas, pero es mejor no tenerlas. Ya os lo dije, Panther: sólo hay una prueba evidente: la confesión del culpable. Del modo que yo lo instruí, el proceso Pyrot no se prestaba de ningún modo a la crítica, no tenía un solo punto vulnerable. Ahora da lugar a

todo género de discusiones. Os aconsejo, Panther, que uséis de vuestras informaciones con reserva. Os agradeceré, sobre todo, que moderéis vuestro trato con los periodistas. Habláis bien, pero habláis demasiado. Decidme, Panther, entre esas pruebas, ¿las habrá falsas?

Panther sonrió:

—Las hay amañadas.

—Eso quería deciros. Las amañadas son las mejores, las más útiles. Las pruebas falsas en general valen más que las verdaderas, porque se hicieron ex profeso para la causa y tienen la medida y la exactitud convenientes. Son preferibles también porque transportan los espíritus a un mundo ideal, los apartan de la realidad que en este misero mundo siempre es engañosa... De todos modos preferiría que no hubiera pruebas.

El primer acto de la Liga de los Antipyrotinos fué invitar al Gobierno a que denunciara inmediatamente ante un alto Tribunal, como culpables de traición, a los setecientos Pyrot y a sus cómplices. El príncipe de los Bosconos, encargado de mantener la acusación en nombre de la Liga, se presentó ante el Consejo reunido para recibirle y expresó su deseo de que la previsión y la firmeza del Gobierno se elevasen a la altura de las circunstancias. Estrechó la mano a cada uno de los ministros, y al acercarse al general Greatauk, le dijo al oído:

—Si no andas muy derecho, bribón, publicaré las cartas de Maloury.

Algunos días después, por voto unánime de las Cámaras, emitido a propósito de un proyecto favorable del Gobierno, fué reconocida como de utilidad pública la Liga de Antipyrotinos.

Inmediatamente la Liga envió al castillo de Chitterlings, en Marsuinia, donde Crucho comía el pan amargo del destierro, una delegación encargada de ratificar al príncipe el respeto y la sumisión de los asociados antipyrotinos.

A pesar de todo el número de los pyrotinos crecía; ya eran diez mil, y tenían en los bulevares sus cafés predilectos; los patriotas tenían los suyos, más lujosos y amplios; todas las tardes de unas terrazas a otras iban lan-

BIBLIOTECA DE LEON
"ALFONSO DE VES"
4820. 1025 MONTERREY, MEXICO

zados los vasos, las tazas, los ceniceros, las botellas, las sillas y las mesas; los espejos caían hechos trizas; la oscuridad confundía a los combatientes y rectificaba las diferencias de número; y las brigadas negras acababan la lucha pisoteando indistintamente con sus zapatos claveteados a los del uno y a los del otro bando.

En una de aquellas noches gloriosas, cuando el príncipe de los Boscenos, rodeado de varios patriotas salía de un cafetín que se puso en moda, el señor de Trumelle le señaló a un hombrecillo con gafas, barbudo, sin sombrero, con una sola manga en la levita, que se arrastraba penosamente sobre la calle cubierta por los fragmentos de los proyectiles improvisados en la última batalla.

—¡Mirad—le dijo—, es Colombán!

Además de mucha fuerza el príncipe tenía mucha suavidad y no escasa mansedumbre; pero al oír el nombre de Colombán le hirvió la sangre; se dirigió al hombrecillo de las gafas y lo derribó de un puñetazo en la nariz.

El señor de la Trumelle advirtió entonces que le había engañado una semejanza inicua, y el que supuso Colombán era el ilustre Bazile, antiguo procurador, secretario de la Liga de los antipyrotinos, patriota ardiente y generoso. El príncipe de los Boscenos disfrutaba de uno de esos caracteres antiguos que no se doblegan jamás; pero sabía reconocer sus errores.

—Ilustre Bazile—dijo al quitarse el sombrero—, si bien os puse la mano en el rostro, estoy seguro de que me perdonaréis, más aún, me aprobaréis, me complimentaréis, me congratularéis y me felicitaréis, cuando conozcáis el motivo que me impulsó, y no fué otro que haberos confundido con el canalla de Colombán.

El ilustre Bazile cubrióse con el pañuelo la nariz ensangrentada, levantó el muñón de su brazo ausente y dijo con entereza:

—No, caballero: no puedo felicitaros, ni congratularos, ni complimentaros, ni aprobaros, porque vuestra acción era por lo menos superflua; más aún: era excesiva. Esta noche ya me habían confundido tres veces con el dicho-

so Colombán, tratándome, sin duda, como él se merece. Sobre mi cuerpo, los patriotas ya le habían hundido las costillas y deshecho los riñones; y me parecía, caballero, más que suficiente.

Apenas había terminado su discurso cuando se acercó una muchedumbre de pyrotinos, y engañados a su vez por la semejanza insidiosa, creyeron que los patriotas apaleaban a Colombán, y acometieron a garrotazo limpio con sus bastones de hierro y sus nervios de buey al príncipe de los Boscenos y a sus compañeros, los dejaron casi moribundos, y se apoderaron del procurador Bazile, a pesar de sus protestas indignadas, al grito de «¡viva Colombán!, ¡viva Pyrot!». Así le llevaron en triunfo a lo largo de los bulevares, hasta que la brigada negra, que los perseguía, consiguió rodearlos, apalearlos, arrastrarlos indignamente a la Comisaría, donde el procurador Bazile fué una vez más pisoteado en representación de Colombán.

CAPÍTULO VII

BIDAULT-COQUILLE Y MANIFLORA.—LOS SOCIALISTAS

Mientras un huracán de cólera y de odios rugía en Alca, Eugenio Bidault-Coquille, el más pobre y el más feliz de los astrónomos, instalado en un viejo torreón del tiempo de los Draconidas observaba el cielo a través de un mal catalejo, y sorprendía fotográficamente sobre placas averiadas el paso de los cometas. Su genio corregía los errores de los instrumentos, y su amor a la ciencia triunfaba de la depravación de los aparatos. Estudiaba con inextinguible ardor aerolitos, meteoros y bólidos, todos los fragmentos ardientes, todas las partículas inflamadas que atravesaban con velocidad prodigiosa la atmósfera terrestre; y recogía, en pago a sus laboriosos desvelos, la indiferencia del público, la ingratitude del Estado y la animadversión de los centros científicos.

Obsesionado en los espacios celestes ignoraba los su-